

Nuestro cinema

Título:

Nuevos films soviéticos en las jornadas de octubre

Autor/es:

Nuestro cinema

Citar como:

Nuestro cinema (1933). Nuevos films soviéticos en las jornadas de octubre. Nuestro cinema. (10):130-132.

Documento descargado de:

<http://hdl.handle.net/10251/42841>

Copyright:

Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



EL CINEMA SOVIÉTICO

Nuevos films soviéticos en las jornadas de octubre

«El XV aniversario de octubre —leemos en *L'Humanité*, de París— ha marcado nuevas victorias del cinema soviético.» La prueba nos la demuestran los films presentados con este motivo.

Fedor Nikitin en «El hombre que perdió la memoria», de Friedrich.

Entre los más interesantes y los más significativos en este aspecto se encuentra *El contra-plan*, de la fábrica *Soyouzkino*, de Leningrado. Se trata de la obra de dos jóvenes cineastas, de gran talento, que ya se dieron a

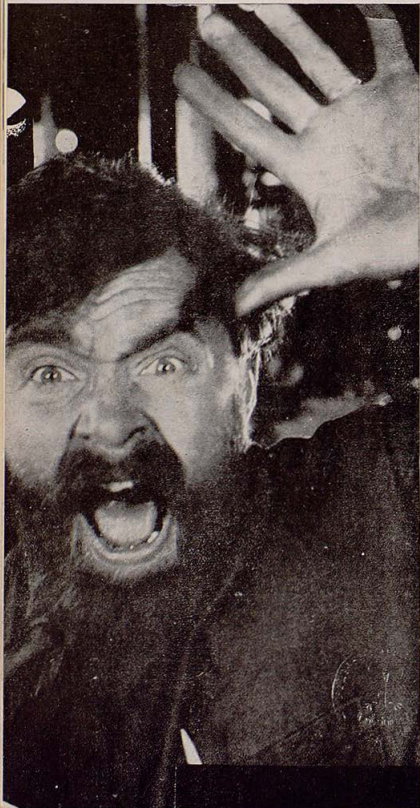
conocer. Uno: Federico Ermler, realizador de *Los despojos del Imperio*. Y otro: Sergio Yutkewitch, autor de *Montañas de Oro*, una de las obras más notables del cinema soviético.

«La garantía de realización de nuestro programa son los hombres vivos, vosotros y yo»; estas palabras de Stalin han inspirado a los autores. La lucha por el *contra-plan*, alrededor de la cual se desarrolla la intriga, se presenta aquí en «la actividad práctica de millones de hombres» (Stalin): los personajes del film no son más que sus representantes.

El asunto es simple. Una gran fábrica de turbinas. El *contra-plan* propuesto por los obreros, y la construcción de una turbina de 50,000 HP., se halla amenazado por los errores de la oficina de construcción, errores debidos a un saboteador. Toda la masa obrera se moviliza para la ejecución de su plan a pesar de las tentativas de sabotaje.

Babchenko encarna el papel principal: es el héroe del film, según la expresión tradicional. Pero no tiene nada de héroe. Este viejo capataz de la fábrica de turbinas es un obrero banal, cuyas alegrías y penas, virtudes y defectos son comunes a todos. Se ha criado en la fábrica y ella constituye toda su vida. Como todos los viejos, es un poco gruñón y un tanto despectivo. Además, tiene un vicio más grave: le gusta beber. Conoce su máquina como su bolsillo; por eso no admite las medidas e instrumentos de precisión; trabaja a ojo «de buen cubero» hasta el día en que su vista le engaña y le hace destrozarse algunas piezas. Entonces, por primera vez en su larga existencia, y no sin vacilaciones, deja a un lado su «copa». Incluso en ese mismo gesto no hay heroísmo alguno. Cuando el *contra-plan* se halla amenazado, Babchenko es el primero en descubrir una salida y moviliza a su brigada, la «vieja guardia», para restablecer la situación.

Justamente en esta simplicidad reside



«El hombre que perdió la memoria», de Friedrich.

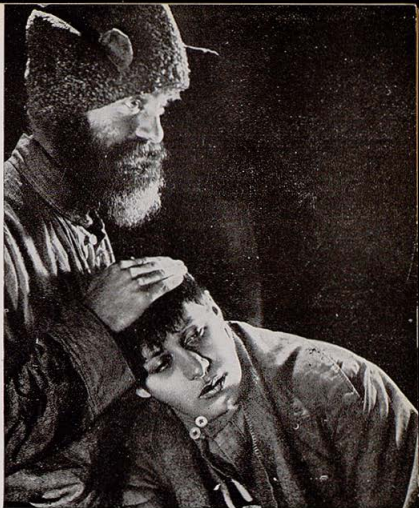
la fuerza del film. A lo largo del mismo, Babchenko despierta la simpatía del espectador: desde el día en que, apenado por su falta, se emborracha a los acordes de una romanza de gramófono, hasta el cuadro final en que tras la victoria del plan y el ensayo concluyente y satisfactorio de la turbina, el viejo decide afiliarse al partido y bebe un «vasito» «en honor del nuevo comunista Babchenko».

Otro acierto del film es el secretario de la célula comunista de la fábrica. Vasili es un obrero como Babchenko y como todos los miembros de la gran familia de la fábrica. Tampoco para él «hay nada humano que le sea desconocido». Pero en sus relaciones con los obreros, miembros o no del partido, hay tanto calor e inteligencia, tanta firmeza y habilidad para subordinar los sentimientos personales a las necesidades de la causa, que el personaje aparece como una de las mejores encarnaciones del comunismo dirigente que hayan sido presentadas en la escena soviética.

La música, escrita por el joven compositor Chestakowitch, se mezcla orgánicamente con las imágenes visuales. No acompaña. Acentúa tal o tal situación y explica el sentido. Hay que destacar la excelente sonoridad del film que supera casi todos los modelos conocidos hasta ahora.

El hombre como intérprete, creador y realizador del gran plan de edificación socialista. He aquí el asunto de otro film consagrado a las jornadas de octubre. Se trata de *Ivan*, nueva obra del excelente realizador ucraniano Alejandro Dowjenko. El héroe es uno de esos muchachos aldeanos, que personifica a miles y miles del mismo tipo, que vienen de sus «koljoses» a las obras socialistas constructoras de la hidrocentral del Dnieper y que, en su trabajo, se libentan del peso muerto de las tradiciones y de los pequeños intereses privados, transformándose en hombres nuevos.

El método de Dowjenko es muy diferente al de Ermiler y Yutkewitch. Si el *contra-plan* está basado en caracteres individuales, *Ivan* es más bien una figura colectiva que encarna a los millares de campesinos que se incorporan al proletariado, dando sus primeros pasos cada vez más seguros y decisivos, hacia el trabajo comunista, hacia el estudio del partido.



Como en sus películas precedentes, Dowjenko exagera a veces el valor de las cosas, eclipsando el valor de los hombres. Pero la naturaleza de las cosas ha cambiado: el asfalto y el metal han reemplazado a los manzanos en flor de *La Tierra*.

Estamos en las riberas del Dnieper. Bloques de hielo se deslizan silenciosamente sobre el agua. Las canciones de las mozas se escuchan en lontananza. Los rosales se ensombrecen bajo las nubes algodonadas. Ivan sale de la aldea. De pronto, el autor, vuelve su objetivo. El silencio ha cesado. El Dnieper espumea y se retuerce. Los hombres se lanzan contra la naturaleza: silbidos de locomotoras, ruido de explosiones, batir del asfalto... Ivan se encuentra extasiado y revolucionado por el reflejo de las llamas, por el grandioso panorama de la cantera.

Pero en el proceso del trabajo, este sentimiento de inquietud cede el sitio a la seguridad. Ivan ve ya de muy distinta forma la transformación que se está realizando en torno. El film acaba con dos episodios que constituyen algo así como el epílogo de la biografía del héroe. Ivan es aceptado en el partido e ingresa en una escuela superior. El muchacho tímido de ayer, dirige a los profesores, conservadores de la ciencia y del saber, este desafío audaz: «Camaradas profesores, vomitad sobre Ivan todo lo que sabéis».

Hay que subrayar también el film de Esfir Choub (autor de *La caída de la dinastía de los Romanof* y de *Cañones y tractores*), *Las Juventudes comunistas dueñas de la electrificación*. Se trata de un film documental que vale muy bien por un film artístico.

Las palabras de Lenín («el comunismo es el poder de los Soviets más la electrificación») han inspirado el patronato cotidiano y concreto de las juventudes comunistas sobre la electrificación de la U. R. S. S. Al desarrollar ante nosotros las vastas perspectivas de esta electrificación, Choub nos muestra cómo la juventud soviética se encuentra a la vanguardia de los constructores de la sociedad socialista y conquista prácticamente la técnica de la electricidad, base material del socialismo.

Al comienzo se revelan los secretos de fabricación del film (un estudio sonoro). El espectador ve y oye el «termenovox», música del porvenir, cinta con cuya ayuda el solista obtiene sonidos de un timbre extraordinariamente dulce y profundo, mediante el acercamiento o alejamiento de su mano. Al final, quedamos sorprendidos ante los rayos y relámpagos que el académico Chernichof hace surgir en su laboratorio de Leningrado, maniobrando sobre una simple manivela. Entre estos extremos y durante las seis partes del film, el espectador asiste a las luchas y victorias de los jóvenes comunistas de Moscú, de Leningrado, de Dzoragués y del Dnieprostroi.

Todo el film no es más que una exposición del éxito de la electrificación en el sector del cinema sonoro. En él podemos oír, con toda clase de detalles, una conversación telefónica internacional, mítines, discursos y el Dnieprostroi, símbolo de toda clase de sonidos y ruidos diversos. Todos estos elementos de la electrificación han sido recogidos en un film sonoro «eléctrico», asombrosamente conmovedor y atrayente.»

Otros films, igualmente realizados para el XV aniversario de la Revolución, no han sido presentados al público todavía. Entre otros se encuentran *Chengolai* (los 26 comisarios), de Eliso; *El Desierto*, de Pudowkin, y el gran film de Yoris Ivens — cineasta holandés en U. R. S. S. — sobre las actividades de las Juventudes Comunistas Soviéticas, titulado *Konsomol*, y sobre el que hablaremos extensamente en nuestros próximos números.